

El embajador de Fez, que se encontraba á su lado, y era hombre de gran valia, y á quien el pueblo consideraba respetuosamente, vituperó la decision del monarca y se ofreció á apaciguar el tumulto. Presentóse á los revoltosos, arengólos con elocuencia y energia, y éstos se sosegaron con la cualidad de que se habia de romper la tregua con los cristianos. Juzef aunque con violencia se comprometió á ello, y con esta garantia el populacho se retiró á esperar la orden de armamento.

Comunicada esta prontamente se encontró listo un cuerpo de tropas de tres mil infantes y setecientos ginetes, que con el rey á su cabeza entraron por tierra de Lorca y Murcia, causando estragos, matando y cautivando á los cristianos que desapercibidos de aquel suceso, descansaban tranquilos en sus hogares, confiados en la formalidad de la tregua que habia ajustada.

Duró la campaña algun tiempo, hasta que las quejas del soberano de Castilla por un rompimiento tan inmotivado pusieron al de Granada en la necesidad de anudar nuevamente sus relaciones de amistad con las cortes cristianas, no bien sin algun trabajo por la oposicion que encontrara en ellas. (Año 1392.)

Al siguiente año don Martín Yañez de Barbuda, clauero de la orden de Avis en Portugal, que habia estado al servicio de Juan I. de Castilla y por ello habia merecido el nombramiento de maestre de Alcántara, aconsejado de un hipócrita fraile, hizo una entrada por tierra de Granada poniendo en gran compromiso al rey de Castilla y sus fronteras.

Sabido por Juzef, salióle al encuentro con su gente de guerra, y avistándose con él en la vega, se trabó una accion reñida en la que pereció el maestre y todos los suyos, envueltos por los guerreros de la media luna.

Este suceso que no pudieron evitar ni el rey Enrique III ni don Alonso Fernandez de Córdoba, señor de Aguilar, atrajo nuevos disgustos á ambas cortes; hubo reconvençiones de la de Granada á la de Castilla y esta por último contestó satisfactoriamente.

Desde esta época se disfrutó de paz en los dos reinos,

hasta que en 1396 falleció Juzef, según unos, de resu-
ltas de una aljuba envenenada que le regaló el califa de
Fez con quien se hallaba en buena amistad, y según
otros, de enfermedad crónica que padecía, agravada con
el continuo ejercicio que hacía a caballo.

Después de la muerte de Juzef, el reino de Fez se dividió en dos partes, una que se llamó el reino de Fez y otra que se llamó el reino de Marrakech. El reino de Fez continuó en su independencia hasta que en 1549 fue conquistado por el sultán de Marrakech, quien lo incorporó a su reino. Desde entonces, Fez ha sido una de las ciudades más importantes de Marrakech.

El reino de Marrakech, por su parte, continuó en su independencia hasta que en 1671 fue conquistado por el sultán de Fez, quien lo incorporó a su reino. Desde entonces, Marrakech ha sido una de las ciudades más importantes de Fez.



El reino de Fez, por su parte, continuó en su independencia hasta que en 1671 fue conquistado por el sultán de Marrakech, quien lo incorporó a su reino. Desde entonces, Fez ha sido una de las ciudades más importantes de Marrakech.

El reino de Marrakech, por su parte, continuó en su independencia hasta que en 1671 fue conquistado por el sultán de Fez, quien lo incorporó a su reino. Desde entonces, Marrakech ha sido una de las ciudades más importantes de Fez.

El reino de Fez, por su parte, continuó en su independencia hasta que en 1671 fue conquistado por el sultán de Marrakech, quien lo incorporó a su reino. Desde entonces, Fez ha sido una de las ciudades más importantes de Marrakech.

CAPITULO XX

MOHAMED VI

ES PROCLAMADO REY. — DESTIERRO DE JUZEF. — TRATA DE CONTINUAR LA TREGUA AJUSTADA CON SU PADRE. — PASA DE INCOGNITO A LA CORTE DE CASTILLA. — CONSIGUE ARREGLAR LA PAZ. — LOS CRISTIANOS QUEBRANTAN EL TRATADO. — SE ROMPEN LAS HOSTILIDADES. — ACONTECIMIENTOS IMPORTANTES. — MUERTE DE MOHAMED.

Desde que los físicos pronosticaron desfavorablemente de la enfermedad de Juzef II, su hijo Mohamed que aun no habia desistido de sus pretensiones al trono, comenzó de nuevo a poner en juego todos los resortes revolucionarios con que contaba, para anteponerse en la sucesion á Juzef su hermano mayor.

Era Mohamed de gallarda figura, mirada penetrante, su genio vivo, animoso, valiente y asaz afable para atraerse las simpatias del pueblo y adquirirse cierta preponderancia, cierto predominio, no solo entre la plebe, sino tambien entre la alta nobleza. Cualidades tan pri-

vilegiadas no pudieron menos de dar á su empresa un éxito favorable.

Juzef su hermano era de opuesto carácter, y muy afecto á la vida privada; por lo cual las tentativas de Mohamed no causaron en él mayor disgusto, ni trató de hacer á ellas la menor oposicion.

A apoyado el pretendiente por una gran parte de la nobleza granadina, y dado el grito de rebelion por numerosas masas populares, consiguió ser proclamado rey, apesar de que su padre habia designado heredero de la corona á su hermano primogénito.

No bien hubo conseguido el triunfo, cuando dispuso que Juzef saliese de la corte escoltado para Salobreña permitiéndole llevase su harem y aquella familia mas necesaria; mas que estuviéscse muy vigilado por si tratase de conspirar alegando su privilegiado derecho. Dió cuenta de esta medida al rey de Féz, apoyando su legalidad en que ni la ambicion, ni los deseos de gobernar habian imperado en él; si solo el bien estar y la paz de sus pueblos.

Sentados estos precedentes y aquietados de este modo los recelos que tanto su hermano, quanto su aliado, pudieran inspirarle por tan marcada injusticia, se ocupó de arreglar treguas con el soberano de Castilla. No dejaba de conocer cuan espuesto era en circunstancias tan azarasas entablar publicamente negociaciones de paz por la predisposicion que tenian sus vasallos, y el convencimiento en que se hallaban de que prontamente debian romperse las hostilidades con los cristianos.

Asi que se propuso conseguir su objeto, usando de cautela y reserva, hasta tanto que por necesidad se viese obligado á descubrir la medida que adoptara.

En efecto, tomando por pretesto recorrer la frontera, salió de Granada escoltado solo por veinte y cinco caballeros de toda su confianza, y dándose el caracter de embajador, atravesó sus estados y entró en Toledo, en cuya corte fue muy bien recibido y obsequiado, luego que se dió á conocer como soberano de los muzlimes.

Arregladas las treguas bajo las bases que Juzef II las tenia concertadas, Mohamed se despidió de Enrique III.

y regresó á su córte, donde se ignoró enteramente cual habia sido el objeto de su viaje. (Año de 1397.)

Trascurrido poco tiempo, algunos caudillos cristianos de la frontera rompieron la tregua, y penetrando en tierra de Granada, causaron algunos estragos. Mohamed ya por su caracter orgulloso, ya porque los santones tomasen la demanda con sus predicaciones y lo comprometiesen á adoptar una medida, se puso inmediatamente en marcha con un ejército de veinte y cinco mil peones y cuatro mil caballos, y dirigiéndose al Argarve, tomó venganza de la infraccion que los fronteros hicieron de la tregua, restituyéndose á la corte triunfante, con un inmenso botin y un considerable número de cautivos.

Esta algará pudo considerarse como la señal de alarma entre las cortes musulmica y cristiana. Enrique III dispuso pasasen á Granada enviados para que Mohamed cumpliese las condiciones de la tregua; mas este contestó que los suyos la habian infringido primero y que no restituiria la fortaleza de Ayamonte que habia ganado, hasta que se le compensasen los daños que sufriera en sus tierras, originados por la violencia de los fronteros.

El rey de Castilla ofendióse altamente con esta respuesta y desde luego dispuso se rompiesen las hostilidades.

Consiguiente á esta orden, los caudillos de la frontera entraron con el mayor rigor en el territorio de Granada y Mohamed salióles al encuentro con un poderoso ejército, siéndole propicia la fortuna en esta jornada, si bien con pérdida de muchos de los suyos.

Una tregua que la estación del invierno estableció entre los ejércitos beligerantes, proporcionó á los guerreros de una y otra parte el descanso que necesitaban despues de una campaña que tan penosa habia sido. (Año 1406.)

Durante esta suspension murió Enrique, sucediéndole en la corona Juan II su hijo, bajo la tutela del infante don Fernando.

Críticas fueron por cierto, las circunstancias que se siguieron á la muerte del monarca; pero sosegadas por

la prudencia de aquel infante, ocupóse de los preparativos para abrir nuevamente la campaña contra los defensores del Korán.

En ambos reinos se veía igual animacion, la misma actividad en los aprestos de guerra, y los caudillos de una y otra parte, avidos de derramar sangre enemiga, esperaban con impaciencia el rompimiento.

Este comenzó por la frontera de Jaen; siguióse en la de Murcia, Córdoba y Sevilla; Baeza, Zurgena, Cantoria, Huéscar, Priego y otras muchas poblaciones sufrieron los desastres de una guerra encarnizada. Allí, cien y cien veces los caudillos del nazareno y del islam dieron pruebas de su valor y bizarría; allí la sangre agarena y la cristiana mezclóse repetidamente; y allí, en fin, vieronse rasgos heroicos y de generosidad, egercidos por guerreros de uno y otro partido. (Año 1407.)

Todas estas correrías eran solo el principio de una nueva guerra, que no podria menos de causar estrago y esterminio, si bien Mohamed reusaba dar una accion decisiva, ya porque sus fuerzas no igualaban á las de los cristianos, y ya porque no podia distraer las que tenia repartidas en ciertos puntos que le eran sumamente interesantes.

Dispuesto ya todo lo necesario por el infante don Fernando, que era tutor del rey don Juan II, se dió la órden para ponerse en marcha como con efecto se verificó.

Rompieron las hostilidades, cargando las fuerzas concentradas sobre la fortaleza de Zahara.

Llegó el ejército á dar vista á la poblacion, dispuso don Fernando el cerco, y se comenzaron á batir sus muros, con tres piezas de artillería gruesa. Así permanecieron dos dias sin que se consiguiera abrir brecha por la mala direccion de los tiros, pero los habitantes previendo resultados funestos, apesar de su defensa, se decidieron á entregarse bajo capitulacion. Esta tuvo efecto saliendo de la poblacion con cuanto les pertenecia, escepto armas y vituallas.

Habiendo dejado en aquella plaza una respetable guarnicion, se dirigió el ejército á Setenil donde así

mismo se puso cerco, sin resultado, alguno favorable, mediante la heroica resistencia de su alcaide.

En tanto que el grueso de las tropas marchaba causando por doquier estragos y devastacion, varios caballeros con algunas fuerzas se ocupaban del merodeo en direccion opuesta á la que aquella llevaba, con el objeto de distraer al enemigo.

Como hemos dicho el rey Mohamed VI rehusaba presentarse en batalla campal con el ejército cristiano; por lo que él mismo se propuso, durante aquella expedicion, dividir la hueste castellana, haciendo llamadas á puntos diferentes.

Aun continuaba el asedio de Setenil, cuando el monarca granadino se presentó delante de Jaen con ochenta mil infantes y seis mil caballos, y puso cerco á la ciudad. Este duró poco, pues un considerable destacamento del campo castellano acometió repentinamente al de Mohamed, é introdujo en él el desorden, que se aumentó sobre manera por una salida que hicieron los sitiados. Por fin el rey de Granada se vio en la necesidad de levantar el sitio, dirigiéndose á la corte con mucha pérdida, entre la que se contaba la de Reduan, caudillo de mucha nombradía que fué muerto en aquella embestida.

Tambien don Fernando alzó el sitio de Setenil, convencido de la imposibilidad de su rendimiento, aunque durante él, algunas tropas se internaron hasta cerca de Málaga y consiguieron un buen botin. Terminada esta jornada el ejército cristiano se retiró á Sevilla.

La pérdida de Zahara no pudo menos de causar en el monarca mahometano el mas cruel disgusto, tanto mas, cuanto conocia la sensacion que en el pueblo granadino hiciera pérdida de tan grande importancia.

En tal situacion discurria la medida que debiera adoptar, ya para acallar las hablillas que corrieran en Granada, ya para tomar una venganza de la corte de Castilla.

Decidióse pues, á marchar sobre Alcabdat, (*Alcaudete*), pero para ello esperó que los castellanos estuviesen desapercibidos y ocupados en otros negocios de interés.

Así que con la mayor reserva hizo todos los preparativos necesarios, y en febrero de 1408, cuando se hallaban reunidas las cortes en Guadalupe, puso en movimiento un ejército compuesto de doce mil infantes, siete mil caballos, artillería y demás aprestos de guerra.

Grande fué el terror que con este movimiento difundióse en todos los pueblos de la frontera, viéndose amenazados repentinamente por tan poderoso enemigo.

Martin Alonso de Montemayor, a cuyo cargo se hallaba la plaza de Alcaudete, luego que tuvo noticia de la aproximacion del ejército granadino, tomó las precauciones oportunas para su defensa, y mandó emisarios a los caballeros que gobernaban en los inmediatos pueblos fronterizos, ya para que lo auxiliaran, ya para que por puntos diferentes llamaran la atención de la hueste sarracena.

Esta, que caminaba precipitadamente, hallóse dando vista a Alcaudete el 18 de febrero. Sin pérdida de momento intimaronle la rendicion que fué negada con valor y orgullo propio de pechos castellanos. No bien recibió Mohamed la contestación, cuando ordenó el asalto.

Una vez y otra vez en un solo dia se vieron los muros escalonados por los defensores del islam; pero fueron rechazados heroicamente por los sitiados, causandoles mucha pérdida de gente.

Otro asalto dado en la mañana inmediata, y cuyo éxito fué igual al de los anteriores, dió a conocer al rey de Granada cuan difícil era conseguir se rindiese la plaza; hizo algunas otras tentativas pero infructuosas, de manera que perdida la esperanza de ver cumplidos sus deseos, mandó levantar el sitio para regresar a la corte, mas antes de abandonar aquella tierra incendió y quemó la campiña, causando a la vez todo género de estragos.

No dejaron de conocer los soberanos de Granada y Castilla, que tanto por la cruel influencia de la estación, cuanto por los contratiempos experimentados por una y otra parte, era indispensable suspender las hostili-

dades. Ambos convinieron en ello y se acordó una tregua de ocho meses.

A poco tiempo, Mohamed se sintió enfermo; la gravedad de sus síntomas se aumentaba por momentos, y los médicos declararon que eran de muerte. Convencido el monarca de que era llegado el fin de su vida, decretó reservadamente el asesinato de su hermano Juzef, que como dijimos al principio de este capítulo, fué desterrado á Salobreña, juzgando de este modo asegurar á su hijo la sucesión del reino de Granada.

El arraez Amad-ben-Farag que gozaba toda su confianza, fué el encargado de la ejecución del decreto. Inmediatamente se puso en marcha, y habiendo llegado á aquel punto halló á la víctima jugando al ajedrez con el alcaide del castillo á quien entregó el pliego que contenia el mandato. No pudo disimular la sorpresa que recibió al leerlo, lo cual dió á entender al proscrito que su contenido versaba sobre su suerte. Por fin enteróse de ello y con extraordinaria calma pidió al ejecutor de la orden le permitiese concluir aquella jugada. Este lo rehusaba por efecto de su ciega obediencia al soberano, y deseaba con ansia clavar el puñal en el pecho de Juzef. Tal era el contraste que se observaba en el castillo, cuando varios caballeros de Granada á carrera tendida llegaron con la noticia de la muerte de Mohamed VI, é hicieron entender á Juzef que el pueblo lo aclamaba por su soberano.

Prontamente se dispuso todo lo necesario para la marcha. Esta fué apresurada, Juzef entró en la corte con júbilo y regocijo de los granadinos. (Año 1408.)

—

... que el navegante en el seno de la tormenta vé con alegría aparecer en lontananza el argenteo astro de la noche, que disipando las tinieblas presenta á su vista la bóveda celeste tachonada de brillantes estrellas, recobrando su alma tranquilidad y sosiego; así los granadinos viendo entrar á Juzef por la puerta de Bib-rrambla, lo consideran cual aureola de felicidad, que presagia un porvenir venturoso y pacífico.

CAPITULO XXI.

... que el navegante en el seno de la tormenta vé con alegría aparecer en lontananza el argenteo astro de la noche, que disipando las tinieblas presenta á su vista la bóveda celeste tachonada de brillantes estrellas, recobrando su alma tranquilidad y sosiego; así los granadinos viendo entrar á Juzef por la puerta de Bib-rrambla, lo consideran cual aureola de felicidad, que presagia un porvenir venturoso y pacífico.

SU ENTRADA EN GRANADA. — RATIFICA LA PAZ CON LA CORTE DE CASTILLA. — TERMINA LA TREGUA Y SE ABRE LA CAMPAÑA. — TOMAN LOS GRANADINOS A ZAHARA. — CERCO Y CONQUISTA DE ANTEQUERA. — TREGUA. — SUBLEVACION EN GIBRALTAR SOFOCADA. — MUERTE DE JUZEF.

... que el navegante en el seno de la tormenta vé con alegría aparecer en lontananza el argenteo astro de la noche, que disipando las tinieblas presenta á su vista la bóveda celeste tachonada de brillantes estrellas, recobrando su alma tranquilidad y sosiego; así los granadinos viendo entrar á Juzef por la puerta de Bib-rrambla, lo consideran cual aureola de felicidad, que presagia un porvenir venturoso y pacífico.

A la manera que el navegante en el seno de la tormenta vé con alegría aparecer en lontananza el argenteo astro de la noche, que disipando las tinieblas presenta á su vista la bóveda celeste tachonada de brillantes estrellas, recobrando su alma tranquilidad y sosiego; así los granadinos viendo entrar á Juzef por la puerta de Bib-rrambla, lo consideran cual aureola de felicidad, que presagia un porvenir venturoso y pacífico.

Difícil sería describir el cuadro que presentaba la corte islámica, en los momentos en el que el nuevo mo-

marca cabalgando brioso corcel y seguido de ilustres guerreros y de la caballería de la guardia, se presentó en la plaza. Mil y mil demostraciones de júbilo recibió del pueblo, hasta tanto que entró en el alcázar régio. A este día de entusiasmo para los defensores del islam, se siguieron otros no menos alegres, en los cuales se celebraron regocijos públicos.

Juzef cuyo carácter era bondadoso y afable, luego que se encargó de las riendas del gobierno, cuidó muy particularmente de proporcionar descanso á las tropas y tranquilidad á sus pueblos; dulcificando de este modo en algun tanto, los disgustos y penalidades que su hermano les causara en los últimos años de su reinado, en que su natural varió completamente en severo, duro y melancólico.

Consiguió de la corte de Castilla ratificar la paz convenida con Mohamed hasta fin de agosto de 1409. Solicitó nueva tregua antes que aquella se concluyese, pero las condiciones que el infante don Fernando le impusiera, fueron rechazadas por Juzef: tales eran las de reconocimiento de vasallaje y pago de parias.

Instó sin embargo el rey de Granada: sus razones fueron desatendidas; acto continuo se rompieron relaciones y se hizo formalmente la declaración de la guerra.

El regente castellano dispuso que con premura se hiciesen los aprestos necesarios y se convocaran á todos los caballeros de nota para la cruzada, que debía dirigirse hacia Antequera.

En efecto, el infante salió de Córdoba á fines de abril (año 1410), pero debió detenerse en las cercanías de Ecija á causa de que las lluvias habían obstruido los caminos, hallándose intransitables para el ejército. Poco tiempo se suspendió la marcha, por el anhelo que don Fernando tenía de acometer la empresa que llevaba meditada. Luego que se le incorporó Perafán de Rivera, adelantado de Sevilla con la gente de su mando, y recibió de él la espada de S. Fernando, que le llevaba dió orden para que la hueste se pusiese en movimiento, hasta llegar al río. Llegas que era el límite de la frontera.

En tanto que el regente de la corona de Castilla habia dispuesto los preparativos de marcha, los moros de Granada habian hecho una salida sobre Zahara y tomando la villa, hacian frecuentes cabalgadas y talaban los campos comarcanos; empero conociendo que nada podian adelantar en aquel punto sin defensa, y que cuantos esfuerzos hacian para tomar el castillo eran infructuosos, resolvieron retirarse, dejando la poblacion cuasi destruida, con mayor motivo viendo se aproximaba el infante don Fernando.

Este, por de pronto, dispuso se reparase el daño todo lo mejor posible, y siguió con direccion al rio Lleguas.

Se componia su ejército de diez mil infantes y tres mil quinientos caballos, la flor de la milicia castellana. Antes de vadear el rio hizo formar la batalla, comunicó sus órdenes á los caudillos encargados de los tercios, y prosiguieron la marcha con el mejor orden. Al ejército seguia el comboy con todos los aprestos necesarios para el sitio.

Antequera, situada á un cuarto de legua del rio Guadalhorce en una altura protegida por una gran fortaleza, era de las principales ciudades del reino de Granada; pero su riqueza habia decaido á causa de las escursiones que los cristianos de Cabra, Osuna y Lucena hacian de continuo en sus campos.

Luego que la intrépida hueste dió vista á la poblacion, un grito de entusiasmo se oyó en toda la linea. El infante para asegurar el cerco, hizo que el ejército se situase en dos alturas. En una asentaron las estancias don Sancho de Rojas, obispo de Valencia, armado de todas piezas, don Diego Fernandez de Quiñones, merino mayor de Asturias, don Alvar Perez de Guzman, alguacil mayor de Sevilla, don Juan Hurtado de Mendoza y otros ilustres caballeros con seiscientos caballos y dos mil infantes; y en la otra el conde don Martin Vazquez, don Fernando Perez de Ayala, merino mayor de Guipúzcoa, don Ramiro de Guzman, Juan de Sotomayor, comendador de Alcántara y otros insignes capitanes con cuatrocientas lanzas y mil infantes. El resto del ejército al mando del regente, acampó en una

esplanada no lejos de la ciudad.

No bien se hubo situado el campo, cuando con la mayor actividad se comenzaron á levantar trincheras, parapetos y baterías, quedando formado el sitio en poco tiempo para principiar el bloqueo.

Luego que el rey de Granada supo el cerco de Antequera dispuso que los infantes Cidi Ali y Cidi Amed con cinco mil caballos y ocho mil peones, salieron inmediatamente á socorrer la ciudad. Estos abreviaron sus marchas y pronto se encontraron frente al ejército cristiano, estableciendo sus estancias muy cerca de las de aquel.

Hubo algunas escaramuzas de corto interés, pero habiendo dispuesto los infantes granadinos que el alcaide de Ronda con una corta fuerza avanzara para reconocer el campo hácia el punto en que se hallaba situado el Obispo de Valencia, este, visto el movimiento, destacó cien lanceros que derrotaron completamente la descubierta, quedando aquel alcaide muerto en la refriega.

Con noticia que tuvo D. Fernando de que el enemigo pensaba acometerlos en sus propias fortificaciones, redobló la vigilancia y aumentó las fuerzas de los puntos más peligrosos.

Al día siguiente de esta zalgarda (6 de Mayo) el gobernador de Castilla mandó que don Pedro Ponce de Leon y otros caballeros con ochocientos caballos y trescientos peones saliesen á recorrer el campamento enemigo; pero esta fuerza fué rechazada con bizarría, viéndose obligada á replegarse á un punto seguro. Acto continuo algunas divisiones del ejército granadino acometieron las trincheras de don Sancho de Rojas, que habian sido reforzadas. Este caudillo sostuvo la acometida de los infieles, al mando del alcaide de Alhama que murió acuchillado. Cargaron sobre aquel punto mas fuerzas enemigas, llegando hasta las mismas trincheras; pero en vano fué su arrojó; los cristianos los hicieron retroceder con mucha pérdida. Mas empeñados los infantes muzlimes en aposeionarse de aquella altura, embistieron nuevamente con la mayor osadía; y habiendo acudido don Fernando con el grueso del ejército; se hizo general el ataque.

No será fácil pintar los esfuerzos de valor que por una y otra parte se hicieron en tan reñida refriega; la victoria estuvo indecisa por mucho tiempo, hasta que alojando un poco el ejército granadino perdió algún terreno; lo cual visto por los castellanos, apretaron de tal suerte, que no tardaron en ponerlo en dispersion, persiguiendo á los fugitivos hasta bien retirados del campo.

El botín que consiguieron en esta jornada fue cuantioso, pues se hicieron dueños del campamento: el infante lo distribuyó entre los soldados, y las banderas que se recogieron, se dieron á los caballeros que mas bizarría desplegaron. Cidi, Ali y Cidi Amed pudieron salvarse; y con unos cuantos que le siguieron, se dirigieron á Granada, en que aquella derrota causó un pesar profundo.

En tanto que esto sucedía en el campo, los moros de Antequera permanecieron indiferentes; si bien, en observacion de los resultados de la batalla, y meditando nuevos medios de defensa. Gran desaliento hubiera causado este contratiempo en otros que no fuese. Al-Karmén su alcaide, y los denodados guerreros que tenia á sus órdenes. Todos ellos, en vez de perder valor, se presentaban en los baluartes ostentando mayor audacia y decision, hasta el estremo de contestar con arrogancia, y menosprecio á las indicaciones que los sitiadores les hicieron para que se entregasen.

Viendo el infante de Castilla la obstinacion del caudillo mahometano, dispuso se condujesen las bastidas para el asalto; empero en esta operacion peligrosa perecieron un buen número de soldados, y las máquinas fueron desechas por el nutrido fuego de la plaza. Dispuestas nuevamente y destruida la bateria que tanto daño habia causado, se presentó un nuevo inconveniente, acaso mayor que el anterior. Un foso profundo defendia el paño de muralla y era indispensable para proceder al asalto, obstruirlo con escombros. Se dió orden al efecto y sin la menor demora algunas compañías se ocuparon de este peligrosísimo trabajo.

Por este tiempo trescientos caballos que se hallaban

en el presidio de Jaen; salieron á una algará confiados en el descuido de los moros; pero estos cerca de Montegicar cargaron á los cristianos con tal furor, que los derrotaron completamente; salvándose solo catorce. Este acontecimiento causó gran pesadumbre en el ejército castellano, así como desmesurado regocijo en los sitiados, que cobraron mas ánimo y esperanza. Se llenó el Terraplenado el foso con escombros regados con sangre cristiana, mezclados con cadáveres; viendo el alcaide que sin remedio se verificaba el asalto, hizo una salida, acuchilló á los soldados de Lorenzo Suárez de Figueroa, inutilizó las máquinas; y se volvió á la plaza victorioso. Alentado con tan buen resultado, á pocas horas repitió otra sorpresa, consiguiendo igual fruto. Entre los muertos de esta jornada lo fué Martin Ruiz de Avendaño, caudillo muy esforzado, herido con un pasador envenenado. A pesar de estos reveses, el infante no mostró intimidarse, y sí por el contrario, insistió mas y mas en que se diese el asalto, para lo cual se previnieron nuevas bastidas, escalas y otros utensilios necesarios. En efecto el 27 de junio, cuando los reflejos del astro del día aparecieron en el horizonte, se dió la señal, y avanzando las compañías, sufrieron un fuego horroroso, viéndose obligadas á retirarse con mucha pérdida; á causa de que las escalas no estaban construidas cual correspondia.

Este suceso, que fué para los sitiados tan favorable como se deja conocer, produjo en la hueste castellana gran desaliento; mas el infante que al punto penetró el disgusto del ejército, determinó saliesen varios tercios á robar y talar los campos, como única distracción que podia contener á los soldados. Diseminados por toda la comarca llegaron hasta dar vista en la ciudad de Málaga.

En tanto que alguna tropa se ocupaba del merodeo, la demas se destinó á abrir un foso en torno de los adarves, construyendo una trinchera de tapias con torreones de trecho en trecho en la parte opuesta á la fortaleza, á fin de evitar las salidas de los sitiados, é impedir

entrasen en la plaza provisiones ni socorro alguno; consiguiendo á la vez que el cerco quedase mas apretado. *El cerco de Antequera* *por el moro Zaid* *de Antequera* *en el año 1492*
Luego que Juzef III supo la derrota sufrida en los campos de Antequera, mandó que todo el que se hallase apto para salir á campaña tomase las armas; mas esta medida no era para marchar en auxilio de los sitiados, porque temia ser de nuevo deshecho, sino para imponer miedo al ejército sitiador, y reanimar las esperanzas de los muzlimes que habitaban en los lugares cercanos á aquella ciudad; mas seguros por su fragura. También hizo proposiciones al infante para que levantara el sitio; pero siendo degradantes las condiciones que este le impuso, rehusó admitirlas. *El cerco de Antequera*
A este tiempo se descubrió en el campo cristiano una conspiracion para incendiarlo; promovida segun algunos historiadores, por Zaide Ahlamin enviado de Juzef para tratar con don Fernando el alzamiento del sitio; pero conocidos los culpables, fueron castigados severamente. *El cerco de Antequera*
A la sazón los cristianos habian tomado los pueblos de Sebar, Alzana, Cozar y Mara de aquella comarca; y temiendo el monarca granadino que Archidona corriese la misma suerte que Antequera, dió orden para que fuese reforzada su guarnicion con tropas provistas y municionadas cual correspondia. Desde este punto hacian frecuentes correrias ó interceptaban los convoyes de vituallas y demas provisiones que se dirigian al ejército castellano. Asi permanecieron varios dias sin contratiempo alguno; hasta que sabedores de que en las riberas de un rio inmediato pacian diariamente las caballerias que se hallaban en los reales, determinaron caer sobre ellas y hacer buena presa. En efecto salieron con direccion á aquel punto, pero un explorador que se encontraba en la Peña de los enamorados, dió inmediatamente aviso con ahumadas. Salieron del campo cristiano algunos tercios, que cayendo de improviso sobre los moros, empeñaron una escaramuza bastante sangrienta, pero en que al fin salieron victoriosos; persiguiendo á los infieles hasta las mismas

puertas de Archidona. Conseguido este triunfo regresaron otra vez al real.

Continuaba la resistencia de la plaza de Antequera; y ya la hueste castellana desconfiaba de su rendicion; mas el infante esperaba ocasion a propósito para darla una embestida general. Cada dia se apretaba el cerco mas y mas, hasta el extremo de cortarles el agua, sin que la artilleria cesase de dirigir sus tiros a los muros y a las torres, ocupándose los moros en la noche de reponer los daños que aquellos les causaran. Abierta brecha, ó mejor dicho, destruida la parte superior de un baluarte, dispuso el infante se echaran las escalas; y aunque la defensa de los moros era obstenida, consiguieron los cristianos a costa de sangre, aposeionarse del recinto de la muralla, y que los sitiados se acogiesen al castillo. La poblacion quedó por consiguiente en poderde los soldados de la cruz, en donde asesinaron cruelmente a cuantos no pudieron acogerse al alcazar. La conducta que aquellos observaron en estas circunstancias con el bello sexo, fué enteramente agena de los principios religiosos y caballerescos, que segun los antiguos historiadores, presidian siempre en la persecucion de la raza islámica.

Luego que el infante pudo contener en algun tanto los desastres y estragos que causaba su hueste en los infelices fugitivos, dió orden para que la artilleria dirigiese sus tiros al castillo, visto que Al-Karmen desdeñaba rendirse. Asi se verificó, y a poco tiempo fué demantelado un ángulo de la fortaleza. El caudillo agarenno pidió parlamento; pero las condiciones que se le impusieron fueron tan duras, que las rehusó. Continúo el bloqueo con la mayor actividad; y viendo que poco a poco el alcazar se reducía a ruinas, determinaron capitular, como lo verificaron, con garantía de la libertad de los defensores y la conservacion de sus bienes muebles, para que se retirasen a Archidona.

He aquí un hecho que nos arranca apesar nuestro una reflexion bastante justa. Los que tenian las armas en la mano, los que se habian defendido obstinadamente, los que tanto estrago causaron en el ejército

castellano, no solo conservaron la vida, sino que se les dió su libertad y parte de sus riquezas; los que durante el sitio, habian sufrido hambres, tormentos y desasosiegos, los que tal vez anhelaran unicamente paz y tranquilidad, y por ella, dispuestos á sacrificarlo todo; los que, mientras el asedio derramaron lágrimas por el porvenir de sus hijos y deudos; y en fin, los que ningun daño causaran al ejército cristiano, fueron perseguidos, asesinados, cobardemente sin mirar ni edad ni sexo, y sin que se les concediese el mas mínimo beneficio.

La capitulacion, verificada el 24 de setiembre, despues de cinco meses de sitio, hizo á los cristianos dueños de la poblacion y del alcazar, saliendo en el mismo acto, con sus efectos, Al-kérmán, sus compañeros y los pocos que se habian refugiado á la fortaleza, para establecerse en Archidona; si bien despues no lo verificaron.

Para hacer una reseña completa de cuanto ocurrió en esta jornada, manifestaremos que cuando se dió el asalto á los muros los primeros pendones que ondearon en él, fueron los de Garcí-Fernandez Manrique, los de Carlos de Arellano y los de Rodrigo de Narvaez. Don Fadrique, conde de Trastámara y tío del infante, y el obispo de Palencia tomaron posesion del castillo; se encargó la alcaldía al mismo Narvaez; consagrose la mezquita mayor; se hizo procesion general por las calles, en que se habia derramado tanta sangre inocente; se distribuyeron entre los conquistadores las casas y haciendas; se nombró concejo; y se señaló la guarnicion que debia guardar para su defensa.

El infante, despues de tomados los castillos de Aznalmará, Cayéche y Xebar, este no sin alguna resistencia; marchó á Sevilla, donde fué recibido con las mayores pruebas de entusiasmo.

Al-Kérmán y los demas que con él se salvaron; conociendo que tal vez correrian la misma suerte en Archidona, pasaron á Granada, donde se establecieron en un barrio por bajo de Torres-Bermejas.

Luego que el rey Jusef supo la pérdida de Antequera; dispuso una cabalgada para que se talasen los campos de Alcalá la Real; y no solo tuvo así efecto, sino que ade,

lantándose hasta cerca de aquella ciudad; tomaron y destruyeron el castillo de Xébar, haciendo prisionero á su alcaide.

Como quiera que por este tiempo muriese don Martín, rey de Aragon, y el infante don Fernando estuviere indicado para ceñir aquella corona; y por otra parte el soberano de Granada instase por la paz, se arregló una tregua de diez y siete meses; empero esta paz que anhelaba Juzef, debía interrumpirse por deslealtad de sus vasallos.

Disgustados los moros de Gibraltar por la sugesion en que los tenia su alcaide, y cansado á la vez del gobierno de aquel monarca, ofrecieron la plaza al califa de Fez. Este conociendo cuan ventajosa era la oferta que se le hacia, envió á su hermano Lid-Abu-Said con dos mil peones y mil caballos, para que ocupase la plaza. Tan luego como se presentó le abrieron las puertas; y su alcaide, sin fuerza suficiente para oponerse á ello, se vió obligado á retirarse al castillo y dar cuenta á su soberano. Por muy pronto que este trató de auxiliar á aquel caudillo, no fué con tanta presteza, que dejara de verse en el mayor conflicto, y decidido á arreglarse con el infante africano. Ya se trataba de avenencia, cuando Cid Amed con una numerosa hueste de caballeria é infanteria, puso cerco á la ciudad. Algunos dias duró el sitio; pero estrechado mas y mas cada momento Abu-Said se vió obligado á rendirse, poniendo la plaza en poder del infante granadino. Por intercesion de aquel perdonó Cid-Amed á los rebeldes. El africano vino á Granada, donde solo se le consideró como á un huésped; y durante su permanencia en ella, Juzef recibió una embajada del rey de Fez ofreciéndole su amistad y su auxilio, si hacia le quitasen la vida á su hermano. Mas el monarca granadino no tan solo no acogió tan detestable propuesta sino que ofreció á Abu-Said su proteccion, tropas y tesoros para vengar tan inicua traicion. Este aceptó el ofrecimiento, pasó á Africa, destronó á su hermano y se alzó con el poder.

Estando para terminar la tregua procuró Juzef prorrogarla. Para ello como gran politico, hizo sus proposi-

ciones á la corte de Castilla, remitió presentes del mayor valor, y dió la libertad á ciertos caballeros cristianos de gran valia que se hallaban cautivos en Granada. Estos intercedieron en favor de los deseos del soberano, consiguiendo se le otorgase por dos años, que despues se ampliaron; de manera que el reino mahometano desde entonces disfrutó de tranquilidad; pues aun quando hubo algunos amagos de guerra por los aprovechamientos de pastos en las fronteras, se desvanecieron por la política y tino de Jufef. (Año 1417.)

Este monarca, amado de sus pueblos y apreciado por la nobleza cristiana, murió repentinamente y sin que precediese ninguna clase de sintomas que anunciase su muerte; llevando al sepulcro la satisfaccion de que no se alterase la paz en los últimos años de su reinado. (Año 1423.)



...que se hallaban cautivos en Granada. Estos intercedieron en favor de los deseos del soberano, consiguiendo se le otorgase por dos años, que despues se ampliaron; de manera que el reino mahometano desde entonces disfrutó de tranquilidad; pues aun quando hubo algunos amagos de guerra por los aprovechamientos de pastos en las fronteras, se desvanecieron por la política y tino de Jufef. (Año 1417.) Este monarca, amado de sus pueblos y apreciado por la nobleza cristiana, murió repentinamente y sin que precediese ninguna clase de sintomas que anunciase su muerte; llevando al sepulcro la satisfaccion de que no se alterase la paz en los últimos años de su reinado. (Año 1423.)

CAPITULO XXII.

MOHAMED VII (AL-HAIZARI, EL IZQUIERDO.)

SUBE AL TRONO. — SU CARACTER. — TREGUA CON CASTILLA. — ALIANZA CON EL REY DE TUNEZ. — DESCUIDA LOS NEGOCIOS DE GOBIERNO. — CONDUCTA QUE OBSERVO Y POR LA QUE LO ODIARON SUS YASALLOS. — ESCARAMUZA JUNTO A ARCHIDONA. — CONJURACION CONTRA MOHAMED. — ES DESTRONADO.

Mohamed, hijo de Juzef III fué proclamado el mismo día de la muerte de su padre: Era de carácter vano, despota y altanero, pero afecto á la paz. Tenia el sobrenombre de *Haizari*, que quiere decir el izquierdo, creyendo unos provenia de que en efecto era zurdo, como se dice vulgarmente, y otros por su mala y aviesá fortuna.

Hechas á Juzef las debidas exéquias con la solemnidad acostumbrada, se ocupó de los negocios de estado; siendo el que mas llamó su atencion conservar la paz con los reyes de Castilla y Tunez. Al efecto, envió em-

bajadores á ambas cortes; á la primera con el objeto de asentar las proposiciones de la tregua, y á la segunda, ofreciéndose á Muley Aben-Fariz, y remitiéndole presentes del mayor interés para continuar la alianza que su padre había obtenido.

Conseguido que hubo ambas miras, fijó solo su atención en que estas relaciones no se quebrantasen por ningun concepto, entregándose á una total molicie, encerrado en el palacio de la Alhambra.

Ocupado solo del disfrute de sus placeres, olvidó enteramente atraerse el afecto y cariño de sus pueblos, como base principal sobre que estriva la soberanía real. Hacia menosprecio de sus ministros y caudillos mas notables del reino; desdeñaba en muchas ocasiones dar audiencia, no solo á sus vasallos, sino á los wadies que la pretendian para tratar asuntos importantes; y ultimamente, no permitia se hiciesen justas y torneos, á que la caballeria de aquella época estaba tan acostumbrada, y le servia de entretenimiento y escuela en los tiempos en que se disfrutaba de tranquilidad. Con esta conducta, pues, alejó de si toda simpatia y se atrajo el ódio y aborrecimiento del pueblo y de los principales caudillos. Unicamente consideraba y tenía deferencias á su valido Juzef Aben-Zeragh, gefe de la tribu abencerrage; su wisir y cadí, cuyo favorito habia templado varias veces el disgusto que en la corte causara su estraña comportacion.

Apesar del gran cuidado que tenía en que no se quebrantasen los pactos de la tregua, sus alcaldes en la frontera salian al merodeo, y se retiraban á sus castillos cargados de botin, no sin ser molestados la mayor parte de las veces por los cristianos.

En 1.º de Mayo de 1424 Helim Zulema con cinco mil infantes y mil quinientos caballos entró en los campos de Osuna, Estepa y Ecija talando y destruyendo cuanto en ellos encontraba. Rodrigo de Narvaez, alcaide de Antequera, con un corto número de soldados salió á hacerle frente; y habiéndose emboscado no lejos de la Peña de los enamorados, por donde los muzlimes con su gran presa debian pasar, cayó sobre ellos de improviso

y cerca de Archidona, los batió completamente y los puso en fuga, cogiéndoles todo el botín.

Por este tiempo ya existía en Granada una conjuración contra Mohamed. Cansado el pueblo y los caudillos de gran valía del trato áspero y degradante del soberano, convinieron no solo en destronarlo, sino en darle muerte para que sirviese de ejemplar á sus sucesores.

En efecto, se verificó el alzamiento, y los soldados y el pueblo corrian en turbas por las calles de la ciudad, proclamando á Mohamed VIII. Reunidos en buen número, penetraron en la Alhambra, atropellaron las guardias del palacio, dirigiéndose despavoridos en busca del monarca. Este, temeroso por su vida, no se atrevió á presentarse á los amotinados. Forzados los centinelas que de mas cerca custodiaban la real persona, ó mas bien, dando estas libre paso á los asesinos, solo encontró lealtad en unos cuantos negros, que agrupados en la puerta de la sala donde el rey se hallaba, á costa de verter su sangre, contuvieron á los conjurados, y dieron á Mohamed tiempo para que se salvara. Este aunque con peligro, pudo evadirse por los jardines, y tomando el traje de aldeano consiguió llegar á la costa, donde se embarcó para Africa. (Año de 1427.)



CAPITULO XXIII.

SU PROCLAMACION.—SU CARACTER.—SU CONDUCTA CON LOS ABENCERRAGES.—ABEN-ZERAGH, Y ALGUNOS OTROS PASAN A LA CORTE DE CASTILLA.—ES REPUESTO MOHAMED VII.—MOHAMED VIII ES DECAPITADO.

Proclamado Mohamed VIII primo del destronado monarca, y tomado las riendas del gobierno, celebró su advenimiento al trono con zambras, justas y torneos, en la que preciado de su jentileza, capitaneó una de las cuadrillas arrancando aplausos generales por su gallardía y destreza.

Arregló su conducta en un todo contraria á la de su antecesor. Fino, esmerado y obsequioso, no sólo con los caudillos esclarecidos, y que habian contribuido á que se ciñese la corona, sino con el mismo pueblo, veíase

querido y holgaba tranquilamente sin atender que ocupaba el trono injustamente, y que su rival se hallaba bien acogido por Aben-Farax, rey de Tunez.

A la vez que observaba esta conducta con sus parciales y amigos, no perdía de vista á los de su rival, y especialmente á la tribu abencerrage, que tan adicta le era; proponiéndose destruir todo aquel partido, segun las circunstancias se lo permitieran.

El noble Juzef Aben-Zaragh no podia ver con indiferencia ocupado el trono por un usurpador, ni se acomodaba á la conducta que observara, y menos á tolerar los desaires que se le hacian y á sus bravos compañeros, tan queridos y considerados siempre en Granada. Tampoco dejaba de conocer las miras hostiles de Mohamed contra él y su tribu, temiendo en ellos miras siniestras, y acaso revueltas en el reino para arrebatarle el poder. En efecto, el soberano propúéstose habia no solo hacerles desprecios é insultos, sino destruirlos, cuando hallase una coyuntura favorable para ello, sin considerar que semejante conducta habia de exacerbar mas y mas el enojo de aquellos guerreros, y dar pábulo á la enemistad que entre ellos y otros linajes habia ya comenzado.

Mohamed, deseando saciar su enojo, y acaso mal aconsejado, decidióse á proceder contra Juzef y sus compañeros; pero avisado de ello este caudillo, salió una noche silenciosamente con cuarenta de los suyos, y se dirigió á Lorca, donde contaba con algunos amigos, que les darian hospitalidad. Aquellos que rehusaron retirarse de la corte experimentaron la ira y crueldad del soberano.

Juzef y su escolta hallaron buena acogida en aquella ciudad, así como en la de Murcia, adonde despues se dirigieron. Solicitaron y obtuvieron seguro para pasar á Illezcas, en cuya poblacion se encontraba don Juan II, que entrado ya en la mayor edad, habia tomado las riendas del gobierno; se presentaron á este soberano, y besaron su mano, hallándo en el jóven monarca la mejor acogida.

El rey de Castilla habia llevado muy á mal la usurpacion que el Zaguir habia hecho al Haizarí; empero luego

que supo por Aben-Zaragh las circunstancias de su destitucion, la conducta de Mohamed VIII, y que el rey destronado se hallaba en la corte de Aben-Farix, proyectó su reposicion, y para ello dispuso que el mismo Juzef y el alcaide de Murcia pasasen á Tunez con cartas suyas, para tratar del modo de que recobrase la corona.

Aben-Farix recibió con mucha cortesania y benevolencia á los enviados del rey de Castilla; y desde luego les ofreció que Haizari regresaria á España con el objeto de que fuese repuesto. Así lo verificó: dispuso inmediatamente que Mohamed se embarcase con quinientos caballeros, remitiendo á don Juan II esquisitos regalos.

Desembarcados en Vera fueron bien recibidos, así como en Almeria, en donde lo reconocieron como legitimo soberano. El Zaguir, luego que supo su regreso y la manera con que habia sido recibido en sus estados, mandó que el infante su hermano con setecientos caballos saliese á buscar á su rival; y hacerlo prisionero, si posible fuese. Vanas eran por cierto sus esperanzas; pues luego que esta hueste se acercó á Almeria, la mitad ó mas desertó de sus banderas, aumentando las de Haizari. Este contratiempo hizo que el infante se replegase á Granada para evitar la total desercion, y que con ella engrosase el séquito del rey destronado. Sin oposicion llegó este hasta Guadix, en cuya ciudad fué acogido con el mayor entusiasmo. Allí se le presentaron muchos de los principales señores de la corte granadina, ofreciéndole su apoyo y asegurándole que su entrada en ella seria triunfante. Con estos antecedentes, pero no sin algun recelo, se dirigió á ella con numeroso séquito, le abrió el pueblo las puertas, y entre vivas y aclamaciones, tomó posesion del palacio real de la Alhambra.

A este tiempo, ya el usurpador habia perdido todo el prestigio, y solo tenia en su favor un corto número de prosélitos, efecto inevitable de la inconstancia y volubilidad de los muzlimes. Por mayor seguridad se habia retirado á la Alhambra luego que supo la aproximacion de su primo; mas este mandó se le asediase. Se puso cerco á la fortaleza; pero los pocos que custodiaban aquel recinto temieron por sus vidas, si hacian una

obstinada resistencia; y ellos mismos entregaron al Zaguir, que decapitado al momento, terminó su carrera, dejando franco el paso para el trono á su rival. Los hijos y la familia de este fueron presos y encerrados con una continua vigilancia. (Año 1429.)



CAPITULO XXIV.

MOHAMED VII.

RECobra EL PODER. — LE NIEGA LA CORTE DE CASTILLA LA TREGUA QUE SOLICITA Y LE RECLAMA LOS GASTOS CAUSADOS PARA RESTITUIRLE EL TRONO. — MOHAMED SE NIEGA A ELLO. — SE ROMPEN LAS HOSTILIDADES EN LA FRONTERA. — ESCARAMUZAS. — CORRERIA DE DON ALVARO DE LUNA. — CAMPANA. — BATALLA DE LA HIGUERA. — TRIUNFO DE LOS CRISTIANOS. — DESUNION EN LOS REALES DE CASTILLA. — MARCHA EL EJERCITO A CORDOBA. — DON JUAN AUXILIA A JUZEF ASPIRANTE AL TRONO DE GRANADA. — MOHAMED SE RETIRA; AQUEL LO OCUPA.

Uno de los primeros actos de Mohamed, luego que se asentó en el trono, fué restituir á Juzef Aben-Zeragh su alto cargo de wicir. No olvidó tampoco mandar á la corte de Castilla un enviado, que á su nombre diese al rey las gracias, por el auxilio que le habia prestado para que recuperase el poder; ofreciéndole á la vez su ayuda en la guerra de Aragon y solicitando treguas. El rey don Juan agradeció sus ofertas, pero no las ad-

mitió, contestando solo, que á su tiempo, manifestaría á la corte granadina qual era su pensamiento. Esta contestacion no satisfizo á Mohamed, pero como sabia las grandes revueltas que en aquel tiempo habia entré Castilla y Aragon, no creyó que el rey tratase de hacerle guerra.

A pocos dias se presentó en Granada don Luis González de Luna reclamando las párias devengadas, los gastos hechos por don Juan para restituírle el trono, y la libertad de todos los cautivos que habia en el reino. Este paso deja entrever que el monarca castellano obraba con segundos fines, y que si bien lo habia apoyado para que recobrase el poder real, no fué con desinterés sino con miras particulares.

La reclamacion de la corte castellana no pudo menos de sorprender á Haizari, quien como era de esperar, se negó abiertamente á pretension de tanta importancia; de cuyas resultas mediaron contestaciones bastante desagradables entre ambos gabinetes, sin que produjesen efecto alguno de conciliacion. El rey don Juan hizo presente á Aben-Farix la ingratitud de Mohamed, suplicándole al mismo tiempo no le ayudase en la guerra que pensaba declararle. El de Tunes ofreció permanecer neutral en ella, y escribió al de Granada invitándole á que pagase las párias atrasadas y cuanto de reclamaba el de Castilla, si bien con este interpuso sus relaciones de amistad para que tuviese á Mohamed toda la consideracion posible.

Este, como ya digimos, no presumia que el monarca castellano se decidiese á hostilizarlo, cuando las convulsiones políticas de su corte le llamaban tan de cerca la atencion; y persuadido de ello, quedó sorprendido cuando supo que en las fronteras se habian roto las hostilidades.

A la sazón don Juan habia arreglado una tregua de cinco años con Aragón y Navarra, y convenido con sus soberanos alianza para hacer la guerra al de Granada, y tan luego como estos asuntos estuvieron concluidos, comunicó orden á los adelantados de Andalucía para que inmediatamente entrasen en tierra de mo-

ros llevando por doquier destrucción y muerte. Se cumplió exactamente este mandato: el adelantado de Jaen con otros caballeros se dirigió á la vega de Granada; Alvarez de Toledo entró por Ronda, y ambos hicieron todo el estrago posible: el primero emboscado en la Sierra de Colomera, derrotó un escuadron de abencerráges cogidos inopinadamente; el segundo, habiéndose internado hasta los campos de Málaga, y saqueado á Igualaja, regresaba con buen botin. Este venia custodiado por Pedro de Narvaez, alcaide de Antequera, hijo de Rodrigo, á quien se le confió aquella plaza despues de su conquista; y como quiera que no tuviese noticia de que el enemigo se hallase por aquella tierra, hacia sus marchas con el mayor descuido, mas en el campo de Rio-gordo fué sorprendido por Abdilvar, que capitaneaba buen número de caballeros abencerráges; y aunque Narvaez y los suyos se defendieron heroicamente, fueron destrozados y muerto el insigne alcaide, trayendo á Granada su cabeza por trofeo. (Año 1430.)

Al año siguiente, Rodrigo de Perea, adelantado de Ca-zorla con mil peones y trescientos caballos, dirigió una algará hácia Colomera. Mohamed, con conocimiento de ello, salióle al encuentro, los sorprendió en el vado de las carretas, y cayó sobre la desprevenida hueste con el mayor furor; empero el adelantado sin cuidar de su propio honor y acosado del miedo, huyó cobardemente, abandonando á sus compañeros de armas, que fueron derrotados, salvándose de ellos muy pocos, que se ocultaron entre las malezas. Después de este suceso, Mohamed encargó el mando de las tropas á sus caudillos y marchó á Granada con precipitacion, teniendo noticia que don Juan II con un poderoso ejército se dirigia á ella, y temiendo á la vez que por esta novedad hubiese algun movimiento en la corte.

Quando esta victoria habia obtenido por aquella parte sobre los cristianos, el mariscal Pedro Garcia de Herrera, capitán de Jaen, con quinientos caballos asaltó de noche el castillo de Gimena, degolló á su guarnicion que se hallaba descuidada, y saqueó el pueblo. Pa-

sado el primer impetu, concedió libertad para que pasasen á Granada sus habitantes y los soldados que tuvieron la suerte de salvarse.

El rey de Castilla habia dispuesto que su privado y condestable don Alvaro de Luna hiciese una expedicion hasta aquella ciudad. Este, acompañado del mariscal don Diego Fernandez de Cordoba, del comendador mayor de Calatrava, don Juan Ramirez de Guzman, de don Alfonso de Córdoba, alcaide de los donceles, y de otros bizarros caballeros, al frente de tres mil caballos, entró por Illora, quemó sus arrabales, y asoló sus campos, sin que la guarnicion de aquella fortaleza hiciese la menor oposicion; siguió su marcha á la vega de Granada, por Sierra Elvira, cuidando siempre el condestable del mejor orden en la tropa, y que nunca se desampararan las montañas, temiendo acaso la destreza de la caballeria enemiga en el llano. Así continuó hasta llegar al extremo de aquella sierra, desde donde se dá vista á Albolote, en cuyo punto mandó hacer alto y acampar en un encinar espeso (1) por cima del rio Cubillas. En todo el contorno hizo la hueste estrago extraordinario, y recogió cuantioso botin, sin derramar sangre, pues las alquerias se hallaban desiertas, habiéndose retirado sus habitantes á la ciudad.

Tomando algun descanso el ejército, prosiguió su marcha hasta las inmediaciones de Granada, en cuya vega arrasó sembrados, casas de campo y arbolados, sin que en la corte muzlimica se notase el menor sintoma de movimiento para salir á oponerse á aquel torrente de destruccion. Observada esta quietud por el de Luna, envió á Mohamed cartel de desafio de persona á persona, de caballero á caballero. La contestacion fué evasiva, si bien no se negaba á ello, citándolo para tierra de Castilla, á donde los granadinos irian en breve á tomar satisfaccion.

Con esta respuesta el condestable dispuso la retirada;

(1) Hoy se conoce con el nombre de Chaparral de Cartuja.

y aunque trató de rendir el castillo de Tajarja (1) y se derramó alguna sangre, no pudo conseguirlo por ser muy buena fortaleza é inexpugnable; sin asediarla con artillería; pero si incendió el Salár, y taló los campos de Loja. Acampado en las inmediaciones de Cantaril, para dar al ejército algún descanso, prosiguió la marcha al siguiente día haciendo estragos en los campos de Archidona, y escarmentando algunos tercios que salían al encuentro para escaramuzear. Bajó hacia Antequera para tomar provisiones y seguir á Málaga; pero una insubordinación ocurrida en el ejército, y que para reprimirla y restablecer la disciplina, se vió en la necesidad de mandar decapitar á los principales motores, y el incidente á la vez de acometerle una grave enfermedad, le hicieron mudar de proyecto y retirarse á Ecija. Esta correría habia llenado de luto y de indignación á los habitantes de las comarcas que habian sufrido el estrago, que tras sí dejaban las huestes cristianas, y particularmente á los de Granada.

Dijimos que Mohamed, despues de la derrota de Rodrigo de Perea, regresó á la corte, temiendo que en su ausencia se forjase alguna conspiración contra él: no era infundada su sospecha; la ambición y la intriga trabajaban de consuno para arrebatarle el poder; su gobierno se hallaba amenazado por un enemigo, y debía indispensablemente sucumbir. La inacción en que yacia Granada á la vista del ejército devastador, era suficiente prueba de la desunión de los jefes de las tribus, y de que el monarca no se atrevia á abandonar el palacio de la Alhambra.

La familia de Abu-Said, décimo rey de Granada abrigaba antigua enemistad contra la reinante; ella elevó al trono al Zaguir, lanzando á Mohamed de él, y ella conspiraba de nuevo con el fin de hundirlo para siempre. Juzef Aben-Alahmar, nieto de aquel rey, y descendiente de Abenhut era el candidato que debía ceñir la corona.

(1) Cortijada hoy aneja á Chimoneas.

Contaba, para ello con amigos y parientes de gran poder y valia, y además con todos los partidarios de Mohamed VIII, entre los cuales se contaba como uno de los principales á Gelil-ben-Gelil, casado con Ceti-Mérier, hermana de Juzef (1). Reunidos los parciales, y convenido el modo de obrar, Gelil partió para Córdoba donde se hallaba D. Juan II, para quien llevaba la misión de ofrecerle vasallaje en representación de su cuñado, si conseguía subir al trono con su apoyo, puesto que Mohamed estaba mal querido, y que para que de una vez Granada lo lanzase de su seno, bastaba solo que las banderas castellanas ondeasen al frente de sus muros. Ofrecióle además que contara para apoyarlo en la empresa con alguna fuerza, acaudillada por Juzef. El rey de Castilla que ya tenía resuelto, en consejo una expedición sobre la corte musulmana, y conociendo por otra parte que cuanto mas se alimentara la guerra civil, mas pronto debía hundirse el trono granadino, dió buena acogida á las proposiciones de Juzef, ofreciendo á su enviado presentarse muy pronto en la vega de San Pedro.

Con tan favorable contestación, el moro Venégas regresó sin pérdida de tiempo; manifestó á sus parciales el resultado de su embajada, y desde luego se dispusieron con sigilo y precaución para presentarse al ejército cristiano.

El día 13 de junio (año 1431) salió el rey de Córdoba, acompañado de los mas esclarecidos y valientes caballeros de Castilla, que capitaneaban una numerosa hueste. Detúvose en Alhendin algunos dias, esperando se le reuniesen todas las tropas que debían concurrir á la expedición. El 26 del mismo mes entró el ejército en tierra de moros, y se dió orden á Fernandez de Velasco, conde de Haro, para que talase los campos de Montefrío y explorase el terreno hasta la sierra de Elvira, lo cual quedó ejecutado exactamente.

El día 27 de junio salió el ejército para Córdoba. El 28 de junio llegó al campamento de San Pedro.

(1) Gelil-ben Geleil, llamado comunmente el Tornadizo, era don Pedro Venégas, de la casa de Luque, que según unos, fué cautivo de edad de ocho años, según otros, dado en rehenes.

La hueste espedicionaria que se componia de setenta mil infantes y diez mil caballos, avanzaba con el mayor orden, y como si tuviese al frente al enemigo. Al llegar á Pinos-Puente se hizo saber al alcaide de su castillo se rindiese, mas negándose á ello comenzó á batirlo la artilleria, y aunque no sin trabajo y tiempo, consiguió destruirlo, con gran pérdida de su guarnicion, y quedando cautivo el jefe de ella.

A pesar de que el cargo de señalar y repartir las estancias correspondia á los mariscales, se cometió por entonces al adelantado Diego de Ribera y á Juan Ramirez de Guzman, comendador mayor de Calatrava. Asimismo, con el objeto de que los convoyes de viveres que se dirigiesen desde Córdoba para el ejército, pudiesen llegar á los reales con toda seguridad, se dispuso que Pedro Ponce de Leon, conde de Medellin, quedase en Alcalá la Real con alguna fuerza, á fin de proteger el paso en cualquiera tentativa del enemigo.

Como hemos dicho, el ejército marchaba en el mejor orden, y así llegó á dar vista á la vega de Granada. Marchaban delante Ribera y Guzman con mil y quinientos caballos ligeros, explorando el campo; les seguia el condestable al frente de la vanguardia, en que iban dos mil y quinientos hombres; el grueso del ejército lo capitaneaba el rey, acompañado de los principales caballeros; y la retaguardia iba mandada por don Juan de Cerezuela, obispo de Osma, don Gutierre de Toledo, obispo de Palencia y otros varios caudillos y eclesiásticos. Flanqueaban los costados, el conde de Niebla, el obispo de Jaen, Fernandez de Velazco, el conde de Benavente y Lopez de Zuñiga con la fuerza necesaria. Luego que el ejército entró en la vega se presentaron al rey, segun lo anteriormente convenido, Juzef infante de Granada, Gelil y otros, con número considerable de partidarios, é informáronle de los grandes aprestos que Mohamed habia resuelto hacer.

No lo engañaban. El soberano granadino hizo un llamamiento general, y habian acudido tropas de las Alpujarras, Baza, serrania de Ronda y otros muchos puntos. Segun algunas crónicas ascendia el número de

combatientes á doscientos mil infantes y cinco mil caballos.

Aun no se habia asentado el campo (1) cuando una columna de caballería árabe se dirigió hácia el ejército cristiano con la velocidad del rayo. Diego de Ribera y Juan Ramirez de Guzman con sus huestes les salieron al encuentro, y se trabó una reñida escaramuza, en la que aquellos bubieran sido completamente deshechos, si el conde de Haro no los hubiese socorrido con un cuerpo de caballería, cuya carga no esperaron los moros, pues se retiraron con buen orden dentro de murallas.

Terminado el choque se acabaron de asentar los reales, fortificándolos con fosos y trincheras. También Mohamed dispuso se estableciese un campo cerca de las murallas, empero en todo aquel día, (28 de junio), no volvió á empeñarse lance alguno. La noche fué tranquila, si bien con esmerada vigilancia por una y otra parte.

El siguiente día, en que se continuaron los trabajos para la seguridad del campo, ocurrió un acontecimiento que pudiera muy bien haber ocasionando grandes males. El obispo de Palencia, el conde de Haro y el señor de Valcorneja, que se hallaban de servicio especial para la seguridad de los reales, traspasaron imprudentemente la línea que habia establecido el condestable, fuera de la cual prohibió se empeñase lance alguno con el enemigo; persiguieron á algunos flecheros que se habian aproximado, con el objeto sin duda de hacer una llamada, y repentinamente se hallaron envueltos por fuerzas superiores. Los tres caudillos y sus soldados hicieron señalados esfuerzos de valor, pero en vano; se vieron obligados á pedir socorro (2). Indignado el de

(1) Se establecieron los reales en la parte de vega que hoy corresponde al pueblo de Maracena, desde el Atarfe, á la margen derecha del Genil; la tienda del rey se situó en un recuesto, junto á una higuera.

(2) Este acontecimiento es una prueba de la arbitrariedad que por aquel tiempo desplegaba la aristocracia castellana; y aun en él podrá acaso vis-

Luna por esta insubordinacion, se detuvo algun tiempo, pero al cabo salió precipitadamente, acometió á la hueste agarena; y le hizo replegarse á los reales, reprendiendo despues severamente á los que habian quebrantado sus órdenes, aventurando tal vez el éxito de la empresa. No dejaron los moros en el resto de aquel dia y el siguiente de llamar la atencion del ejército cristiano por medio de algunas guerrillas de caballeria é infanteria que se aproximaban al campo; pero eran rechazadas, sin empear ningun lance de importancia.

Era el 1.º de julio. El astro del dia lanzaba sus reflejos sobre el horizonte; su clara luz pláteaba los nevados picos del Veleta, sus luminosos rayos doraban las almenadas torres de la Alhambra, la espaciosa vega sonreía bajo la influencia de un céfiro fresco y suave. Los torreones del alcazar régio, y aun la muralla que circunvalaba la ciudad estaban ocupados por multitud de habitantes, que no pudiendo tomar parte en el combate, admiraban la grandiosa perspectiva que formaban ambos campos. En sus semblantes se observaba el abatimiento y la lánguidez, la zozobra y la esperanza. Un silencio profundo reinaba en el espacio, interrumpido solo por la voz de los zafraquis, que estimulaban á sus guerreros para el combate, impresionando en ellos sublime y fervoroso entusiasmo. El ángel de la destruccion, la misma muerte desde su trono de luto, presidia el terrible espectáculo; y se gozaba de los despojos que despues le pertenecieran; la vega risueña en la mañana, habia de ser en la tarde la fosa comun de mil y mil guerreros. Cien y cien vistosos penachos, y otros ciento mecidos por el céfiro, y el brillo de las aceradas armaduras, formaban el cuadro mas grandioso; todo, todo era admirable; si en medio de ambas falangés no estuviese abierto un abismo.

lumbrarse alguna intención siniestra contra el condestable, en descrédito del tacto con que se dirigió esta jornada.

Tal era el contraste que presentaba el campo, cuando un súbito clamor resonó en los aires. Los instrumentos bélicos de los sectarios del Koran anunciaban era llegado ya el momento del combate. Los caballeros de Calatrava, que se hallaban de avanzada, y protegiendo un cuerpo de cavadores que allanaban el terreno desigual por los valladares y acequias, fueron acometidos por un escuadrón árabe. La bandera de la orden se hubiera perdido, por haber quedado desmontado el alferez, si un valiente castellano no le protegiera, y le mostrara el caballo de un moro que acababa de atravesar con la lanza. Los de Calatrava estaban cuasi deshechos, y el resultado de aquel encuentro hubiera sido funesto si el condestable, con aviso que tuvo, no hubiera mandado en su socorro á los condes de Ledesma, de Castañeda y de Niebla con dos mil ginetes. Estos reforzaron la hueste cristiana, y contuvieron los progresos del enemigo, no sin pérdida de consideración, logrando ponerlos en desorden, cuando el de Luna se preparaba para marchar á fin de protegerles la retirada. Al efecto, despachó á Juan Ramirez, comendador de Calatrava, para prevenir al maestro del movimiento que debiera practicar; pero pronto volvió el comendador á carrera tendida con la noticia de que los condes de Ledesma y Niebla, resentidos de antemano, habían dejado de perseguir al enemigo, para entrar en serias contestaciones sobre la conducta observada por cada cual en aquel trance; que llegado habia su encono á tal extremo, que estaban preparándose para batirse ellos y sus escuadrones; y por último, que entre tanto se rehacian los contrarios.

Como furioso huracán que nada le detiene en su carrera así el condestable, lleno de cólera despues que hubo oído la relacion del comendador, arrió los acicates al bravo corcel que cabalgaba, y se lanzó como el rayo, al parage de la contienda. Ambos condes fueron reconvenidos con circunspección y severidad; si bien para dirigirles la palabra en términos mesurados, tuvo don Alvaro que reprimir su natural ímpetu y carácter altivo, por cuanto las circunstancias así lo requerian.

En tanto que esto acontecia, los granadinos se repu-

sieron, y reforzados con nuevas tropas, acometieron con mayor vigor y esfuerzo á los cristianos, de tal modo que no les era posible practicar la retirada sin oposicion; El condestable que conoció el peligro, marchó á carrera abierta é hizo presente al rey este suceso, manifestándole que el único recurso que restaba era empeñar el ataque general. Sin detencion el soberano montó á caballo, dió la señal de acometer, y al frente del grueso del ejército, seguido de nobles caudillos, se dirigió al punto del combate. Este movimiento fué secundado por los árabes, que formados en escuadrones compactos, embistieron osadamente á los castellanos. El choque de las armas, el relincho de los caballos, las voces de una y otra parte y los clamores y ayes de los moribundos, formaban un horroroso estruendo. Nubes de polvo se alzaban al cielo y anublaban los rayos del sol: por doquier no se veia mas que muerte y esterminio.

Por muchas horas estuvo la victoria indecisa; las hacedas mezcladas, ya se retiraban ya embestian con mayor furor; la voz de los capitanes no se escuchaba y los castellanos comenzaron á flaquear: empero el rey con el mayor arrojo se presentaba donde veia flojedad, exortaba á los soldados, y los animaba con su ejemplo, de tal modo, que rehaciéndose volvían con tal fuerza sobre el enemigo, que comenzó á ceder el campo al aproximarse la noche. Observada esta retirada por el rey y su condestable, hicieron el último esfuerzo, y consiguieron ponerlo en dispersion, acogiéndose unos á la ciudad, otros á las asperezas de los montes vecinos. El de Luna, viéndolos en derrota, los persiguió con encarnizamiento, á la vez que don Juan de Cerezuela se hizo dueño de los reales, que se estendian desde cerca de los baluartes, hasta los olivares y viñas, que se hallaban á bastante distancia de aquellos. El número de muertos de una y otra hueste, está dudoso.

El ejército cristiano se retiró á sus trincheras, donde permaneció en inaccion hasta el 10 de Julio. Los capitanes estaban divididos en sus pareceres; unos opinaban retirarse, otros sitiar á Granada, y algunos seguir la campaña, dirigiendo las operaciones sobre Málaga.

Esta desunion, hija del germen de discórdia que dominaba á toda la grandeza, y de la animosidad que esta clase alimentará contra el condestable, fué causa de que no se cogiera el fruto de la victoria. Inculpaciones mezquinas se dirigieron á don Alvaro de Luna sin fundado motivo; solo para desopinarlo; y luego que se dió la órden para alzar el campo y marchar á Córdoba, se corrió el rumor de que aquel habia sido sobornado por Mohámed para que se retirase el ejército; lo cual se haya desmentido por los historiadores de la época.

Aunque en la precedente narracion de los hechos nos hemos abstenido de toda crítica, en este lugar no podemos menos de decir con la imparcialidad que nos caracteriza, que habiendo parecido en los reales síntomas de enemistad irreconciliable; fué una medida cuerda y prudente la retirada; pues de otro modo, pudieron haberse originado grandes males, como efecto de la ninguna concordancia que habia en las opiniones, y de la arbitrariedad de los cortesanos. Y hemos dicho enemistad irreconciliable, porque tal debe llamarse cuando están de por medio el orgullo, el egoismo y la envidia, pasiones tan innatas en los poderosos en la época á que nos referimos; cuya arbitrariedad repetimos, y cuyos desafueros y abusos de autoridad ocasionaron al trono tantas desgracias en el siglo quince, en que aquella clase predilecta se hallaba desbordada y tenia sueltos los diques de su desmedida ambicion. Si los principales gefes del ejército no hubiesen estado divididos; si todos hubiesen estado poseidos únicamente de espíritu patrio; si todos hubiesen sido inspirados solo del bien de la religion; si no hubiesen dado abrigo á mezquinos ódios y rencoros, indudablemente la campaña se hubiera continuado; las fuerzas infieles pudieran haberse aniquilado; y tal vez la conquista de algunas plazas hubieran dado mayor ensanche á la cristiandad. No diremos que Granada se rindiera; porque Granada contaba aun con muchos defensores y con muchos elementos; pero la desmembracion de recursos hubiera hecho balanzear y estremecerse al trono. ¿Y cuales fueron, pues, los resultados de tan decantada expedición? gastos exorbitantes sin reintegro;

lágrimas, luto y desolacion. ¿Que beneficios reportó la córte de Castilla de esta campaña? Que en el palenque de la vega se creara el gérmen de discordia civil, que despues produjo un sin número de desastres. Y en fin, ¿que provecho reportó la religion del nazareno en esta cruzada? Ninguno en realidad, pues los prosélitos del Islam se retiraron á Granada, los del crucificado á Castilla; estos discordes y engreídos con un efímero triunfo, aquellos meditando venganza. He aquí, pues, los pormenores de la batalla de la Higuera; y concluiremos su bosquejo, diciendo que el día 1.º de Julio de 1431 hubiera sido tal vez aciago para la corona de Castilla, si el condestable con su prudencia y valor no estuviera al frente de la hueste cristiana, haciéndose respetar y obedecer hasta de sus mismos enemigos, que desconocieron absolutamente no solo la disciplina militar, sino acaso la autoridad real en un campo de anarquía, donde la insubordinacion era la principal bandera de los mas elevados caudillos.

No omitiremos tampoco decir, que el auxilio del infante Juzef inclinó en parte la balanza á favor de los cristianos; tolos desplegaron esforzado valor; pues peleaba por ceñirse una corona; sus parciales por atraerse su privanza, y con ella honores y premios.

Luego que de último estado se acordó la vuelta del ejército á Cordoba, se prendió fuego al palenque, y ordenada la huéste, se emprendió la marcha.

El pretendiente al trono de Granada y su cuñado Venegas, con la fuerza que capitaneaban, quedaron en la frontera; si bien resentidos con el rey de Castilla, porque nada habia hecho en pró de sus deseos, cuando ellos habian cumplido tan fielmente sus ofertas. Esto no pudo menos de llegar á oídos del monarca; y en su consecuencia dió comision al adelantado de Andalucía, Diego Gomez de Rivera, para que arreglase el tratado con Juzef, como se verificó en Hardales, el mes de setiembre del mismo año: comprometiéndose el infante á reconocerse vasallo de Castilla; pagar veinte mil doblas anuales; entregar todos los cautivos que hubiese en el reino; y servir al rey don Juan con mil quinientos caba-

llos, y con todo su poder en casos determinados. Estas fueron las principales condiciones que habia de cumplir siempre y cuando por la cooperacion de aquel soberano reinase en Granada. Por parte de este se le ofreció el auxilio necesario y el libre tráfico entre ambos reinos.

Asegurado Juzef con este tratado, se apresuró á sublevar las poblaciones mas notables por medio de sus amigos y parciales, consiguiendo tan rápidos progresos, que en pocos dias se vió proclamado rey de Granada en Ronda, Archidona, Illora, Monte-frio y otras muchas plazas. La poblacion de Loja se pronunció tambien en favor del pretendiente; pero el alcaide de su castillo se resistió abiertamente. Acudió Juzef con el auxilio de los cristianos; y aunque el wacir de Mohamed con los caballeros abencerrages salió de la capital para auxiliar al fiel alcaide, fueron derrotados y muerto su caudillo, rindiéndose por de contado la fortaleza.

Llegadas estas nuevas á Granada, fué extraordinaria la desesperacion de Mohamed; quien á ruegos de las personas mas influyentes y poderosas, y visto el disgusto que germinaba en la ciudad, se decidió á abandonarla.

En efecto, silenciosamente con sus riquezas, algunas damas y amigos mas comprometidos, salió de ella, y se dirigió á Málaga, que aun se hallaba en su favor; dejando franco el alcazar de la Alhambra para que su rival ocupase el trono.



CAPITULO XXV.

JUZEF IV.

**SU ENTRADA EN GRANADA. — REINÓ EN PAZ CON LOS CRISTIANOS.
— SU MUERTE.**

Juzef Aben-Alahmar, con solo la escolta de seiscientos caballos, entró en Granada el día 1.º de enero de 1432, á fin de que el pueblo no creyese que se valia de la fuerza armada contra él. Ni aclamaciones ni vivas se escucharon en su tránsito hasta la Alhambra; por el contrario, se advertia un profundo silencio, y absoluta indiferencia en aquellos que veian su entrada. Unicamente las autoridades, la nobleza y los comerciantes salieron á esperarle con la mayor circunspeccion, y le acompañaron hasta el alcazar régio.

Mandó reunir los jeques, walis, alcaldes, alcadís y demas personas notables, y fué jurado por todos rey de Granada con la mayor solemnidad. Despues nombró embajadores que pasasen á Castilla á hacer presente al soberano su reconocimiento y protestas á fuer de agra-

decido: reiterando el pacto ajustado en Hardales, y dirigiéndole le siguiente carta.

«Rey de Granada.—Señor:—Vuestro vasallo Mahomat Abenalar, beso vuestras manos, é me encomiendo en vuestra merced, á el cual plegue á saber, como yo partí de Illora, é fui á la mi ciudad de Granada, é saliome á recibir toda la caballeria de ella, é besáronme la mano por su rey é señor, é entregáronme la Alhambra, é esto, señor, fué por la gracia de Dios, é por una buena ventura. El rey izquierdo se fué á Málaga, é llevó consigo á un hermano del alcaide cojo; su sobrino, é dos hijos del rey pequeño, que habia mandado degollar; é antes que de la Alhambra se fuese, robó cuanto ende habia, é ahora, señor, con la gracia de Dios, é con el esfuerzo de V. A. vá contra él vuestro adelantado don Diego Gomez de Rivera, é mis caballeros á Málaga donde él está: espero en Dios que con el favor de V. A. yo le habré en mis manos.»

Esta carta complació mucho al rey de Castilla; quien recibió con la mayor cortesania á los enviados que se la entregaron.

Sabida por Aben-Fariz, rey de Tunez, la caída de Mohamed, escribió á don Juan II en favor de aquel, por conducto de un caballero genovés, pidiéndole se hubiese bien con su pariente, el monarca fugitivo, y no le persiguiese. El de Castilla se evadió, manifestándole, que Mohamed tenia tratos y relaciones con los soberanos de Aragon y Navarra.

El reinado de Juzef, aunque corto, fué pacífico; si bien él gozó de poca tranquilidad, á causa del torcedor que despedazaba su alma, sabiendo que su rival se hallaba en Málaga, protegido por el rey de Tunez, cuya circunstancia le quitaba enteramente el sosiego. Este continuo disgusto aumentó sus achaques, propios de su avanzada edad; y como se ocupara con éxtremada asiduidad de los graves asuntos del reino, no tuvo fuerzas para sobrellevarlos, y murió á los seis meses de su elevacion al trono. (24 de junio de 1432.)

CAPITULO XXVI.

MOHAMED VII.

RECORA EL TRONO POR SEGUNDA VEZ. — AMNISTIA GENERAL. — TREGUA. — CUMPLIDA, SE ROMPEN LAS HOSTILIDADES. — CABALGADAS. — CONQUISTAN LOS CRISTIANOS A HUESCAR. — DERROTA DE LOS CABALLEROS DE ALCANTARA. — CORRERIA DE LOS CRISTIANOS POR TIERRA DE GUADIX. — TOMAN ALGUNAS FORTALEZAS. — DESGRACIADA ESPEDICION CONTRA GIBRALTAR. — CONQUISTA DE HUELMA. — MOTIN EN GRANADA. — MOHAMED ES DESTRONADO TERCERA VEZ.

Cansados los partidos de Granada de luchar entre sí, uniéronse despues de la muerte de Juzef, y convinieron devolver el trono á Mohamed-al-Hazari. Este, que se hallaba en Málaga, hizo tambien gestiones por su parte para ello, y consiguió lo proclamasen por tercera vez. Sin pérdida de tiempo, y asegurado de la sinceridad de los que lo alzaban de nuevo, vino á Granada, donde fué recibido con entusiasmo. Tal era la índole de los árabes y su volubilidad.

El primer acto de su gobierno fué nombrar su wacir á Abdelbar, caballero principal de la esclarecida tribu abencerrage. Este consejero, discreto, prudente, mesurado en su proceder y buen político, inclinó el ánimo del monarca á una amnistia general; la cual fué tan amplia que comprendió á los hijos y familia de Juzef, dejándoles todos sus honores, prerrogativas y bienes; escluyéndose únicamente á don Pedro Venegas, el tornadizo, como autor de la destitucion de Mohamed, por Juzef IV; mas conociendo aquel que su fin seria funesto si lo cogiesen en la persecucion que sufria; se retiró á Jaen, dejando en Granada á su esposa Ceti-Merier y á sus hijos Abulcacín y Reduan. Un total desengaño de su vida pasada, lo restituyó á la fé cristiana, y murió triste y abatido.

Tambien consiguió Abdelbar, que Mohamed solicitase del rey de Castilla una tregua. Este accedió á ella; porque tenia fija su atencion en los graves trastornos que á la sazón se hallaban muy acalorados en su corte; ajustóse por un año; que despues se amplió por otras. Asimismo don Juan II envió á Lope Alonso de Lorca al rey de Tunez, en compañía de su embajador que por aquel tiempo se hallaba en Valladolid, para que en union, concertasen el medio mas apropiado, á fin de que las cortes cristiana y muzlimica de Granada se sostuviesen en buenas relaciones; pues como hemos dicho, á don Juan le interesaba por entonces la paz con Mohamed, para atender á tranquilizar su reino.

Durante la tregua, el monarca Haizarí puso en juego todos los recursos que estaban á su alcance para conseguir la total reconciliacion de los partidos; con lo cual, y con la elemencia que habia usado antes con sus enemigos, vió renacer en sus pueblos la tranquilidad interior y la union.

Terminada la tregua, se rompieron las hostilidades. El adelantado de Andalucia Diego Gomez de Rivera se presentó en campaña con gente de Sevilla, dirigiéndose á Alora. Corta era la guarnicion de la plaza para hacer una salida contra el enemigo, por lo que el alcaide se decidió por la defensiva: lo cual conocido por Rivera

se aproximó á los muros, y desenlazándose la babera de la celada, intimó á aquel la rendicion. Un pasador dirigido con acierto por el mismo gobernador, y que penetró por la boca del adelantado, dejándolo exánime, fué su única contestacion. Con tan infausto suceso, la hueste se retiró á Sevilla con el cadáver del bravo caballero, donde se le dió sepultura, con sentimiento general, no solo de los habitantes de aquella ciudad, sino de los de la corte de Castilla. El rey hizo merced del adelantamiento á don Perafan, su hijo, jóven de quince años.

En tanto que esto sucedia en tierra de Málaga, otra desgracia no menos lamentable, tuvo efecto en la frontera de Murcia. Don Juan Fajardo, hijo del adelantado don Alonso, con una escogida hueste de caballeria, entró por aquel punto con objeto de practicar una correria. Mohamed, que ya sabia el movimiento que se preparaba, dispuso que su wacir Abdelbar saliese al momento á oponérsele al paso. En efecto, aquel caudillo con fuerza de caballeria ligera de Granada y Algarve, se puso en marcha, y haciendo jornadas precipitadas, logró sorprender á Fajardo en los campos de Lorca. Empeñada una reñida accion, poseidos del miedo los cristianos se pusieron en fuga; y aunque su bizarro caudillo trató de rehacerlos, sus esfuerzos fueron en vano; se encontró solo; y queriendo sostener con desmesurado valor una lucha desigual, quedó muerto en el campo.

No siempre la fortuna debia ser adversa para los cristianos; aquellos dos golpes tan crueles, debian ser vengados. Tambien rompió la campaña por la frontera de Jaen. Una brillante cabalgada entró por tierra de moros, esparcieron terror y se retiraron con muy buena presa. Fernando de Quesada, comendador de Bezmar, asedió el castillo de Solera, haciéndose dueño de él, no sin una tenaz defensa de su guarnicion. (Año de 1433.)

Rodrigo Manrique, comendador de Santiago, se dirigió á Huéscar con fuerza de caballeria ó infanteria. Una noche (11 de Noviembre de 1434,) cuando los habitantes de la villa y su guarnicion descansaban tranquilamente, se acercó la hueste con el mayor silencio al muro, y echando una escala, subieron por ella algunos guerreros

poseidos de valor y ávidos de gloria. A pesar de la mucha cautela y precaucion con que ejecutaron la maniobra, fueron divisados por el centinela de una de las torres, quien al momento dió aviso, y la guarnicion y el pueblo todo acudieron á la defensa. Muchos valientes de los que habian penetrado fueron victimas del furor de los infieles, pero sin embargo, un peloton de cristianos consiguió derribar una de las puertas de la villa, dando entrada en ella al resto del ejército. Si encarnizada era antes la refriega, mas se aumentó con la presencia de la nueva hueste. Guarecidos los moros en las casas, ofendian al enemigo, sin que este pudiera conseguir ventaja alguna apesar de derramarse arroyos de sangre. Por fin, advertido el comendador que algunos de los suyos flaqueaban á causa del muchísimo daño que los contrarios les hacian, redobló sus esfuerzos, y puesto á la cabeza de aquellos mas decididos, les hizo desalojar las casas y retirarse al alcázar. Reconcentrados en él, y creyéndose segura la soldadesca cristiana, se dió al saqueo de los hogares abandonados y á saciar la hambre, de que se veian estraordinariamente acosados; mas los moros protegidos por la oscuridad de la noche, bajaban de vez en cuando del castillo, sorprendian á los soldados, y les daban muerte en aquellos momentos que menos la esperaban. Conociendo los muzlimes la crítica posicion en que se encontraban, dieron aviso á los alcaides inmediatos para que los socorriesen: en efecto, cuando el sol comenzaba á dorar las cimas de la sierra de Sagras, el Cabzani, gobernador de Baza, se hallaba al frente de Huéscar con mil infantes y quinientos caballos; su presencia consoló en parte á los sitiados, quienes llamaron la atención de los cristianos, para que Cabzani pudiese penetrar en la poblacion. No dejó Manrique de conocer la estratagema, y reuniendo su tropa, se opuso á ello con tenacidad, consiguiendo replegar á los cercados y retirar á sus auxiliadores.

El gobernador de Baza, hizo cortar las aguas que surtian la ciudad, y se dispuso pues, un asalto general. Bien conocia Manrique el apuro en que él y los suyos se encontraban; por lo que ordenó que dos soldados de

los mas espertos, saliesen, si les era dable, para dar aviso de su conflicto á los gefes de la frontera. Aquellos descolgándose cautelosamente por la parte que creyeron menos observada, y provistos de prendas que don Rodrigo les entregó para legitimar su mision, tuvieron la suerte de no ser vistos, y dirigiéndose á Cazorla, hicieron presente á su adelantado Rodrigo de Perea el inminente peligro en que se encontraban las tropas de Manrique. La novedad corrió por la frontera, y los capitanes de ella no perdieron tiempo en marchar al socorro de Huéscar. Pedro Quiñones y el adelantado Perea fueron los primeros que acudieron con ciento sesenta caballos y doscientos infantes, pero se vieron obligados á guarecerse en la poblacion, acosados por la fuerza de Cabzani, que cargó sobre ellos.

Como quiera que á los cristianos era obligatoria la ofensiva por la situacion comprometida en que se encontraban, convinieron los gefes hacer una salida. En efecto, el adelantado con parte de los soldados la verificó, quedando Manrique y Quiñones con los demas para contener á los del castillo. Los moros que se hallaban parapetados en las huertas, luego que vieron salir la hueste cristiana, le embistieron con el mayor furor. Muchas horas duró la escaramuza, sostenida con denodado valor por una y otra parte, y aun permanecia indecisa la victoria, cuando por el campo corrió la voz de que don Fernando Alvarez de Toledo se aproximaba con tropas de refuerzo. No bien los de Baza se cercioraron de la verdad, cuando comenzó á enfriarse su ardimiento; al contrario los de Perea, cobrando nuevo vigor, cargaron sobre aquellos y los pusieron en desordenada fuga.

Visto esto por los defensores de la fortaleza, impetraron la clemencia del comendador, quien como á caballero generoso cumplia, les concedió la libertad. Despues propuso al de Toledo tomase posesion de la villa, el cual lo rehusó con la mayor finura. El rey de Castilla sabiendo este hecho de armas, donó á don Rodrigo un juro de veinte mil maravedis, la quinta parte del botin que pertenecia á su patrimonio y trescientos vasallos en tierra de Alcaraz.

Por este mismo tiempo don Gutierre de Sotomayor, maestre de Alcántara, que se hallaba en Ecija con sus caballeros, como encargado de aquella frontera, tuvo aviso por sus confidentes, de que en los castillos de Archidona y Ovilí había una corta guarnición, insuficiente para su defensa. Con tan buena nueva, se propuso su conquista, para lo cual se le asociaron algunos guerreros de aquella ciudad. Al frente de ochocientos ginetes y mil peones salió el maestre á poner en ejecución su empresa, guardando el mayor sigilo respecto al objeto de su expedición: mas ignoraba que la vigilancia del enemigo era mayor que sus precauciones y reserva.

Luego que hubo llegado al río Guadalhorce, siguió sus márgenes, internándose en profundos barrancos, como camino mas solitario. La aspereza del terreno hizo que los ginetes se desmontaran, y con los caballos de la brida, prosiguieron la marcha con el mayor descuido, y sin sospechar el mas mínimo revés. ¿Pero cual seria su sorpresa cuando llegaron á un cortado que formaba un profundo abismo, y que les impedia seguir adelante? El disgusto fué general en toda la hueste, resolviendo por último retroceder. Aun les esperaba mayor conflicto: aquellos horrorosos precipicios estaban destinados á ser la fosa de casi todos los guerreros que componian la cabalgada.

No bien habian decidido volver por el mismo camino, cuando divisaron que las crestas de las montañas se hallaban ocupadas por enemigos. Abdelbar, que habia tenido aviso de este movimiento por sus confidentes, salió de Granada precipitadamente con un corto cuerpo de tropas y seguia las huellas de los cristianos, habiendo antes comunicado orden secreta á todos los alcaldes de la comarca de Archidona para que estuviesen dispuestos al primer aviso. Viendo cortados en su paso á los cristianos, los moros hicieron ahumadas para que acudiesen todos los que esperaban la señal, no lejos de aquellos parages. En corto tiempo se cubrieron de infieles las cumbres de los cerros, y con grande algazara comenzaron á arrojar sobre la desgraciada hueste enormes peñascos, que rodando estrepitosamente arrastra-

ban tras sí multitud de piedras de todos tamaños, haciendo en los cruzados sangriento estrago. A vista de tan inminente peligro, el terror y el espanto se apoderó de aquellos corazones, allende valientes y esforzados; por doquier no se veía mas que muerte y esterminio. Inútiles eran en tan desesperada situación el valor y la bravura; el conflicto no tenía semejante, y á tan denodados guerreros no les era dado mas que morir sin poder tomar venganza del enemigo que los ofendia con tanta impunidad. La pérdida fué considerable; solo ciento pudieron salvarse, entre ellos el maestre, que oculto entre la maleza, luego que el enemigo creyendo la ruina de todos, se hubo retirado, pudo escapar, siguiendo la senda que le indicaron unos de los suyos, prácticos en el terreno. Este desgraciado suceso causó el mayor disgusto en los cristianos, y particularmente en el rey de Castilla, quien apesar de conocer la imprudencia del maestre, no quiso reprenderlo, contentándose solo con prevenirle que en lo sucesivo fuese mas cauto.

Terminada que fué gloriosamente esta jornada, por parte de los musulmanes, Abdelvar se dirigió á Huelma, que se hallaba cercada por don Gonzalo Stuñiga, obispo de Jaen, y don Fernando Alvarez de Toledo. Estos, que á un mismo tiempo supieron la catástrofe del maestre de Alcántara, y la aproximacion del caudillo granadino, levantaron el sitio y se retiraron á aquella ciudad.

Don Juan II, en vista de estos acontecimientos desgraciados, previno á todos los gefes de la frontera, que estuviesen con el mayor cuidado; que si posible era, en ocasión ventajosa tomasen parte de aquel desastre.

En consecuencia de este mandato, el obispo de Jaen, Alvarez de Toledo, Ramirez de Guzman, comendador mayor de Calatrava, Rodrigo Perea y otros caballeros, luego que creyeron coyuntura apropiado, con seis mil infantes y mil quinientos caballos, emprendieron una algará por los pueblos y campos de la frontera, hasta llegar á les muros de Guadix. La guarnicion de esta ciudad se habia reforzado con soldados abencerrages y benimerines; por lo cual no se atrevieron los cristianos